



EL
PENSIL
DEL
BELLO SEXO





EL
BEMER
EL
BELLO SEXO





EL PENSIL DEL BELLO SEXO.

Periodico semanal de literatura, ciencias, educacion,
artes y modas, dedicado exclusivamente a las damas.

Para las condiciones de suscripcion, véase la última página.



on qué me preguntais, lectoras mías, el concepto que formo del BELLO-SEXO y de su mision en la tierra?—Os contestaré brevemente, y con esto sabreis á que ateneros respecto á la indole y tendencia de la publicacion que se os consagra, y cuya direccion está á mi cargo. Mi respuesta será su programa.

Y ante todo permitidme deciros que al escribir los presentes renglones, hálleme poco mas ó menos en la misma posicion que nuestro gran Quintana al herir en su oda á la *Hermosura* las inspiradas cuerdas de su lira. No porque yo presuma ponerme en parangon (¡ Dios me libre!) con el primer poeta pensador que hasta ahora reconoce la España, sino porque el estado de mi alma no participa ya de aquel fervor, de aquel delirante entusiasmo que la llenaba y poseía toda en los primeros dias de mi juventud. A ser ahora el que fui entonces, hubiérais tenido, lectoras, en el director del PENSIL un frenético encomia-

dor de vuestras perfecciones, un paa din á diestro y á siniestro de vuestra sin igual capacidad, un sansimoniano completo en lo de concederos hasta el derecho de andar sueltas por donde mejor os placiese, sin contar con la vénia del padre, con la autorizacion de mamá, con el asentimiento del esposo, ó con noticia y gusto del hermano. Mi cabeza no es ya visionaria, en cuanto á vosotras al menos; y aunque jóven aun, pues aun lo soy, quiero por lo mismo de serlo dejar bien sentado mi juicio en lo que á vosotras concierne, mientras alguna en quien ahora no pienso no me lo haga perder. Exento, pues, como el vate de arriba, *de temor, de deseo y de esperanza*, aprovecharé cuanto pueda la tranquilidad de mi espíritu para responder con acierto á la consabida pregunta, contando con vuestra indulgencia.

Por lo que respeta á lo físico, os veo cual vosotras os veis, es decir, hermosas y débiles; llenas de gracias cuando no sois bellas, y de algo que asemeja á la gracia, cuando pasó la edad de ser graciosas; pero débiles siempre, amigas mías; siempre necesitadas del amparo que os deben de

justicia los fuertes. Nacida la mujer para compañera del hombre, y este para compañero de aquella, ¿quién debe ser el jefe, el presidente de esa asociación necesaria? Los dos no pueden serlo, es imposible. ¿Lo será la del largo cabello, la de tez sonrosada y purísima, la de rasgados y vivaces ojos, la de pequeña boca y lindo pic, la de voz delicada, pulso débil, miembros, hechos á torno, seno turgente, frágil vigor, salud sujeta á duda? Ah! vosotras sabéis que la cuestión no es en esta parte dudosa; pero queréis un guía, no un tirano; un verdadero protector, no un déspota... ¿Y qué fuerte merece el nombre de tal, cuando lo es á costa del inerte?

Por lo mismo, pues, de ser fuerte, hablará EL PENSIL claro al hombre para que moralice y santifique el terrible atributo de la fuerza.

En cuanto á la parte moral, si vuestra inteligencia no es tan vasta que, exceptuando rarísimas excepciones, pueda aspirar á revolver el mundo, ni á gobernar y dirigir estados, ni á asombrar con inmensas creaciones, teneis en cambio la que basta y sobra para iluminar sin quemar, para hacer ciudadanos los hijos, y para dar formada la base en que descansan las leyes, formando las costumbres de los pueblos. ¿Qué gloria, amigas, equivale á esa? La silla de la madre de familia es el trono en que reina la mujer. Porque el cielo os ha criado para eso, y esa alma toda amor, toda sensibilidad y ternura, ese corazón compasivo, esa caridad sin rival, esa fé religiosa y ardiente, esa bondad, en fin, que tanto os distingue en comparacion de los fuertes, no se os ha dado sino para desterrar lo que en nosotros hay de antisocial, de inhumano, de rudo, de salvaje. La humanidad sin vosotras estaria aun en las selvas. Comprended vuestro santo destino, y el hombre acabara por ser al fin lo que vosotras le queráis hacer. Encerrado en vuestras entrañas, nutrido á vuestros pechos, dirigido por vosotras en sus primeros pasos, la naturaleza os le da para que la sociedad es lo deba, y en vosotras consiste que sea así, y así será si lo queréis vosotras.

No está, pues, vuestra misión reducida al solo objeto de agradar al hombre, como tantas veces se ha dicho: es mas elevada; es formarle.

EL PENSIL os dirá la manera con que podeis llenar tan alto fin.

Y ved entretanto, como siendo inferiores al hombre en el terreno de la fuerza física, le sois superiores con mucho en la parte moral, sino por lo que toca á la cabeza, por lo que respeta á otra cosa, á bien organizado corazón.

Os llaman SEXO-BELLO, y está bien; pero BUENO, estaria mejor, porque sois mas buenas que bellas, y debeis complaceros en serlo. Y no porque entre vosotras no haya habido excepciones de belleza moral, y hasta tipos de vicios los mas repugnantes, degradacion de vuestro noble sexo. Aun ahora, lectoras mías, ¿cuántos caprichos, cuántas aberraciones, cuánto olvido de sus mas santos deberes no teneis vosotras mismas ocasion de notar en algunas de vuestras compañeras? El PENSIL, que no quiere engañaros, os hablará en este punto el lenguaje de la verdad, pero siempre del modo mas bonito, y con todo el halago posible, unas veces en prosa, otras en verso, siempre con el deseo de mostrarnos los tropiezos y escollos en que otras han caído, y todo con el fin de fortificar en vuestros corazones el santo horror con que mirais lo malo, siendo, como digo tan buenas, porque ninguna de las que me leeis puede dejar de serlo en alto grado: estoy segurísimo de ello.

Viniendo ahora á la cuestión social, ó sea á la parte que os cabe en felicidad y en desdicha, á la mejora que la sociedad podría ó debería tener en lo relativo á vosotras, os veo declaradas incapaces de una multitud de derechos que nosotros nos conferimos, y esa desigualdad la creo injusta en una gran porcion de casos. Para convencirme de que no es vuestro estado actual tan lisonjero como debe ser, no he necesitado por cierto recurrir á largos raciocinios. Yo he preguntado á mil y mil hombres si querrian trocarse en mujeres, y todos me han dicho que no; y á mil y mil mujeres si querrian ser hombres, y todas, ó casi todas, hánme contestado que sí.

De esto he deducido, ¡oh lectoras! que nosotros estamos mejor, y eso que no estamos muy bien. ¿Como, pues, negarse los redactores de este vuestro humilde periódico á reclamar para vosotras cuanto esté en razon concederos, á fin de mejorar progresivamente vuestra condicion en la tierra? Pero lo dicho arriba, hermosas mías: sin exageracion, sin delirio, sin preten-

siones vanas ó ridículas. Dejad al hombre los oficios públicos, y enseñadle vosotros el orden con vuestro gobierno interior, con vuestro hermoso régimen doméstico, con vuestra administracion maternal.

Por lo demás, lectoras mías, no creais que el periódico vá á ser un perpétuo y continuo sermón sobre la rigidez de los deberes que estais obligadas á desempeñar. EL PENSIL no sería PENSIL, si no lo formasen las flores; y ellas serán, no lo dudeis, las que en él dominen galanas. Versículos, novelas, cuentos, modas, tipos femeniles, anécdotas interesantes, noticias curiosísimas relativas al BELLO SEXO..... cuanto pueda servir al agrado, á excitar la ternura ó la sonrisa, á lisongear el buen gusto ó á halagar la imaginacion, todo eso tendrá lugar oportuno en la publicacion que se os dedica. Lo sério, lo grave, lo rijido, hará en ella el oficio de los cuadros de boj en los bellos jardines materiales; servirá de marco á las flores.

Este artículo, empero, vá largo, y no debo pecar de prolijo. La Redaccion de vuestro PENSIL se dará por muy satisfecha si consigue llenar una parte de su grata y difícil misión, mereciendo de vos la sonrisa de la indulgencia, para animarse á conquistar la otra... la de la aprobacion, la del aplauso.

P. de la Cruz y M. de la Cruz.

Miguel Agustín Príncipe.

A LAS BELLAS.

Venga el laúd que pulsé
Cuando á la adorada mía
Mi primer trova canté,
Que quiero probar si sé
Hallarle el son que tenía.

Venga el laúd que olvidado
Dejé en silencio profundo
Entre las flores del prado,
Cuando corrí fascinado
Tras los halagos del mundo.

Mundo falaz que en la historia
Me prometía un lugar,
Y un laurel á mi memoria,
Como si hubiese otra gloria
Que ser amado y amar.

¿Por qué su voz escuché?
¿Por qué cuitado de mí,

Tanta mi demencia fué,
Que el corazon le entregué
Y vida y alma le di?

Caro me cuesta mi error;
Mas nada al fin he perdido,
Que si ese mundo traidor
La mitad fue engañador,
La otra mitad no lo ha sido.

Lejos de mí, pues, la una
Con su laurel y su nombre,
Que no quiero prez, fortuna,
Ni aplauso, ni gloria alguna,
Si hé de debérsela al hombre.

Vosotras solas sereis,
HERMOSAS de mi PENSIL,
Las que mi canto escuchéis,
Las que las ansias calmeis
Del trovador femenil.

Por eso pido el laúd
Que dulcemente pulsaba
Cuando con tierna inquietud
La hermosura y la virtud
De mi querida cantaba.

Laúd que en la flor dejé,
Y recobrar quiero ya:
¿Mas cómo lo buscaré,
O dónde lo encontraré,
Si entre vosotras no está?

¿Cómo ser lo que antes fui,
Cómo alzar la voz siquiera,
Si vosotras ¡ay de mí!
Con la ilusion que perdí
No me volveis mi pradera?

Venga, pues, venga al momento
Ese laúd con su son,
Con el dulcísimo acento
Que deja dormido el viento
Y embriagado el corazon.

Yo en vuestras penas con él
Derramaré la dulzura,
Calmando el dolor cruel
Que no perdona en su hiel
Ni aun á la misma hermosura.

Yo con él sabré obligar
Vuestro lábio á sonreír,
O si os place mas llorar,
Sabré tambien lamentar
Y con vosotras gemir.

Yo, si en lugar de placeres
Pedís al vate otras cosas,
Seré obediente, MUJERES,
Y os cantaré los deberes
De madres, hijas y esposas.

Vuestros deberes... ¡oh si!
Y tambien vuestros derechos;
Pero no esperéis de mí
El culto ni el frenesí
De los fanáticos pechos.

Yo os considero, y no en vano,
Como la mitad mejor
Del triste género humano;
Mas no por eso me allano
A seros adulator.

Lumbrera del orbe santa,
Fuente de vida y de bien,
Bello el sol al mundo encanta,
Y con ser su lumbré tanta,
Tiene sus manchas tambien.

¿Será, pues, delito en mí,
Cuando admiro el arrebel
Que brilla, oh MUJER, en tí,
Observar si es todo así
O tiene manchas el sol?

Yo lo bueno he de cantar,
BELLAS, que admiro en vosotras;
Mas eso no ha de quitar
Que os haga tambien notar
Lo malo que observe en otras.

Utilidad y recreo
Os darán placer y pró,
Y es lo demás devaneo:
Con que si oís un floreo,
Una verdad ¿por qué no?

Yo, pues, os la he decir;
Pero vosotras al par
Me lo habeis de permitir,
Ora os haga sonreír,
Ora os mueva á suspirar.

Y mi lira en su extension
Recorrerá, aunque sencilla,
Desde el armónico son
De la solemne canción
Hasta la humilde tetrilla.

Y vosotras me oíreis,
Y yo os diré cosas mil
Que vosotras no sabeis,
Hasta que el nombre me deis
De trovador femenino.

¡FEMENIL! Ya desde hoy
A nadie sino á las bellas
Consejo ó cariños doy,
Que aquí bajo, por quien soy,
Lo mejor que existe es ellas.

MINDOL AGUSTIN PRINCEPE

DOS HERMANAS.

Las hijas del baron de Presville son dos tipos esencialmente distintos. La una, dotada de una hermosura sin igual, es al mismo tiempo altiva, fria y desdenosa. La otra por el contrario, si bien sus encantos no pueden competir con los de su hermana, tiene en cambio un corazón de ángel y unos labios que se animan de continuo con la sonrisa de la inocencia ó del amor. Y sin embargo, la primera es mimada y obsequiada de todos, y se lleva la adoración de su familia, y el incienso de los aduladores y el respeto y veneración de sus criados; mientras que la segunda se esfuerza en vano por merecer una sonrisa de sus padres, y es mirada con desdén y desden hasta por la misma servidumbre de su casa. Es difícil explicar esta deferencia que se observa en algunas familias y que se da á unos hijos con perjuicio y dolor de los demás; pero lo cierto es que existe, y que muchos de los que me lean habrán tenido tal vez ocasión de observarla. El Felix de Balzac no es un tipo quimérico, ilusorio; es por el contrario un personaje real, arrancado al terrible cuadro de una de esas mil tragedias domésticas que pasan sin ruido y desapercibidas del vulgo, pero que llevan en sí todas las condiciones de las grandes y terribles crisis de la vida. En el caso á que nos referimos había una circunstancia que contribuía no poco á la preferencia que se daba en todo á Inés sobre su hermana María: la primera era la hija mayor de la casa y por lo tanto la heredera de la familia.

Entre todos los que se habían acercado á ella, guiados unos por el halago de sus títulos, y arrastrados otros por el fuego de su mirada, distinguíase un joven de unos 25 años, alto, de pocas carnes, pero de una fisonomía expresiva y simpática. Esta última circunstancia, sin embargo, no había sido lo que mas había contribuido á darle el primer lugar entre sus adoradores: Rafael, que así se llamaba nuestro joven, era un rico millonario de América, y su inmensa fortuna había pesado mas que todo en la balanza de los cálculos de Inés. Era esta una niña, como ya hemos dicho, incapaz de afectarse por nada y mucho menos de concebir pasión ninguna: su constitución apática y septentrional contribuía no poco á la disposición de su alma. Así

que, lo único que miraba antes de poner su amor en una persona, era que esta contase con los medios necesarios para dar á su título una vida y una realidad de que entonces carecía. La baronía de Presville no era mas que un título, como otros muchos.

En la época á que nos referimos, el orgullo y el amor propio de Inés habían llegado á su colmo: la boda con Rafael debía verificarse dentro de poco y la idea de que en adelante no iba ya á carecer como hasta entonces de las mil cosas que ella creía necesarias á una dama de su condicion y mas que todo de sus prendas, la hacían insufrible. Había soñado varias veces con una carretela tirada por dos caballos blancos y tocaba ya el día en que podía tener uno y otro.

En cuanto á Rafael no pensaba del mismo modo. Se casaba con Inés no por su título, ni por su familia, sino porque la tenía un verdadero amor. En un principio había empezado por ver si vencía la habitual frialdad de aquella hermosa niña y su indomable orgullo, con mengua de los demás que trataban de galantearla y que no alcanzaban de ella ni una sola sonrisa, pero lo que en los comienzos fue una broma, acabó por una completa realidad. En vano sus amigos le habían querido dar á entender que las miras interesadas que su amada se llevaba en enlazarse con él: algunas tiernas, aunque fingidas sonrisas de su adorada prenda valían en su juicio mas que todas las amonestaciones que en sentido contrario se le dirigieran.

Otro hermoso joven también había logrado llamar por algun tiempo la atención de Inés, aunque sin fijarla definitivamente. Era este Nicolás, mozo travieso y que poseía bienes de fortuna mas que medianos. En un principio y cuando ya se creía á punto de ser favorecido, dirigió un cartel de desafío á Rafael, que trataba de entremeterse en sus amores y arrancarle el laurel de un triunfo que creía próximo á conseguir. Hubiera habido una desgracia entre los dos amadores, porque Nicolás era todo un calavera y el otro tenía toda la entereza necesaria para saber guardar su puesto, si un acontecimiento desconocido de todo el mundo no hubiese venido á deshacer el proyectado duelo, cuando ya estaba á punto de verificarse. Nadie supo dar la razon de aquel cambio repentino; pero lo cierto fué que las que

antes habían estado á punto de matarse inhumanamente, se convirtieron luego en los mas íntimos amigos. La gente no podía sospechar que hubiese sido efecto de la cobardía de alguno de los dos, y mucho menos de Nicolás, que era el que había cedido el puesto á su adversario, pero tampoco podía penetrar las sombras que envolvían aquel misterio. Lo cierto era que Rafael seguía de cada día mas tierno con Inés y que desde aquel momento había tratado de precipitar mas y mas el proyectado enlace.

Y en tanto que la orgullosa muchacha estaba rodeada de amadores y se lisonjaba con la idea de su próximo enlace con aquel rico americano, ¿que hacía su pobre hermana? Olvidada de todo el mundo, sin que ninguno de los que rodeaban á Inés pusiera jamás los ojos en ella, vióse la, sin embargo, marchitarse y cambiar completamente de humor, como si algun afecto interior le avasallase y consumiese. Su hermana, haciendo á sus ojos ostentacion de todo su orgullo y de toda la satisfaccion de que se hallaba poseída, insultaba el olvido en que todos la tenían, y ponía en relieve sus defectos, como dándole á entender que eran estos la causa de su presente desgracia. En efecto, la belleza de Maria, estaba completamente eclipsada por la de su hermana; esta era toda una muger hermosa, en tanto que aquella no podía aspirar á pasar mas que por una muchacha bonita. El conjunto de sus facciones, era regular y armonico, pero si se examinaba en detalle se encontraba defectuoso. Lo único que revelaba su alma eran sus ojos, animados siempre por esa alegría celestial que engendra la inocencia. Tierna, bondadosa y alegre, aquella criatura que había pisado una senda de abrojos durante sus primeros años, se hallaba en la primavera de su vida, en esa edad de expansiones y amor sin encontrar mas que aspereza en todas partes, teniendo que sofocar los impulsos de su alma, que renunciar á las mágicas ilusiones que allá en sus ensueños de ángel había tenido. Y sin embargo su bondad natural, era tanta que apesar de haberse quebrado su alma contra las amargas realidades que diariamente tocaba, había en ella bastante resignacion para saber esperar á mañana con la alegría del mártir que sufre en lo presente con la halagadora idea que le quedó

del porvenir. Y así se la ha visto siempre bulliciosa y alegre, y siempre cariñosa con una hermana que rechazaba con orgullo sus caricias y siempre tierna con sus padres que parecían mirarla casi como á persona extraña. Pero como ya hemos observado, el carácter de Maria cambió de pronto sin que nadie pudiera adivinar la causa. Viósele entonces irse marchitando como una flor que no recibe el rocío: sus mejillas fueron perdiendo poco á poco sus colores y desapareció de sus labios la frescura de otros tiempos. Un día que su madre puso al acaso los ojos en ella y la vió tan pálida y abatida, pareció alarmarse. « Esta muchacha está mala, dijo, para sí » é hizo buscar un médico que la examinara. Pero la ciencia era vana: la enfermedad de Inés era sin consunción lenta, una especie de postración íntima, de aniquilamiento de la fuerza vital, una tisis del alma. Ningun sistema exterior, mas que la amarillez de su semblante, ningun padecimiento físico podía ilustrar al facultativo acerca de la índole del mal que aquejaba á aquella pobre criatura. Ella por otra parte ni se quejaba; ni aun desahogaba su alma con el menor ¡hay! Cuando se la interrogaba acerca del estado de su salud, contestaba siempre con una ligera y apagada sonrisa en los labios, diciendo á todos: « No es nada; me siento mejor. » Y sin embargo aquello no era cierto, porque de día en día iba en aumento su languidez y de día en día se la veía sumirse con mas frecuencia en una especie de éxtasis doloroso de reconcentraciones del alma en sí misma, de que no salía á veces mas que con mucha violencia y grandes esfuerzos.

El riesgo inminente de Maria alarmaba poco á su familia. Preocupados todos con la boda de Inés, apenas dedicaban un corto rato al cabo del día á enterarse del estado de aquella pobre muchacha. El único que habia fijado algunas veces sus ojos en la pobre Maria, y se habia conolido y enternecido á vista de su postración y desgracia, era Rafael. Dotado de un corazón altamente sensible, hallaba muy censurable la conducta que observaba con ella su familia, y aun algunas veces lo habia manifestado así. Pero esto no sucedia mas que en los cortos ratos que dejaban libre su ánimo las seducciones de Inés; ella sabia muy bien distraerle y no hacerle pensar mas que en el próximo y feliz momento en

que el himenco los uniria para siempre.

Y este momento llegó al fin: la noche en que debía celebrarse la boda estaban ya todos los convidados reunidos y toda la comitiva dispuesta. Los salones lujosamente iluminados convidaban al baile que debía empezar luego en ellos. Todos hablaban de la esplendidez y riquezas del novio y todos alababan el doble realce que con el traje brillante que vestía, habian recibido los encantos de la novia. Ninguno entre tantos pensaba en que en aquel momento, la pobre Maria, echada sobre su lecho y devorada por la fiebre mas ardiente estaba á punto de espirar. Entonces ya se habian declarado ostensiblemente todos los síntomas de una enfermedad horrenda. Sentíase dentro de su pecho un hervor continuo y su pulsación era violenta. Aquella era la última hora de Inés: su alma al fin de tanto horrible padecimiento, pugnaba por romper las ligaduras que le ataban al cuerpo.

(Se continuará.)

R. DE SATORRES.

LA MUERTE DE UN NIÑO. SU MADRE

AL CONTEMPLAR UNA CASCADA.

¡Cascada sonora
Que corres aquí
Cual corren los días
De alegre vivir!
Los mios son tristes,
No pasan así,
Son días aciagos
Que no tienen fin.
Mas hoy que la suerte
Al lado de ti
Dirige mis pasos
Seré mas feliz,
Si tu compasiva
Te dignas oír
Mis tristes cantares
Mi amargo gemir.

¡Los hombres no escuchan
Al que es infeliz,
Y triste, olvidado,
Le dejan morir!
Por eso ¡oh cascada!
Que corres aquí
Cual corren los días
De alegre vivir;
Aunque con el mío
Contrastas así,
A tí contar quiero
Mis penas sin fin,
Pues que con tus juegos
Y alegre bullir
¡Amargos recuerdos
Despiertas en mí!

Era un jardín ameno y delicioso
Dónde yo paseaba sin recelo,
Cuyo ambiente suavísimo oloroso
Al mas triste colmara de consuelo.

En él las avecillas á porfía
A la risueña aurora saludaban
Con acentos de dulce melodía
Que en todos sus extremos resonaban.

A su compás las fuentes respondiendo
Su murmullo mezclaban mansamente,
Y la brisa los árboles meciendo,
Al sueño convidaba muellemente.

Las rosas encendidas y fragantes,
Los alelles y otras flores he las,
Campaban á millares rozagantes
Cual si del suelo fuesen las estrellas.

Pero entre todas descollar se via
Una, cuya hermosura, aunque temprana,
Aunque pimpollo tierno todavia,
La gala del vergel fuera mañana.

Era mi flor querida, mi embeleso!
Yo la miraba con placer y orgullo,
E imprimía á menudo blanda beso
En las tiernas hojitas del capullo.

¡Ma, ah! mi corazón no presentia,
Sumergido en el mar de la ilusión,
Que aquel fallo gentil que se mecía
Del céfiro ligero al leve son;

Aquella tierna planta, tan cuidada
Con esmero prolijo y cariñoso,
A la que yo auguraba sosegada,
Un porvenir eterno tan hermoso,

Cual vision de la noche pasaria
O cual torrente rápido y veloz,
¡Y un despertar muy triste seguiría
Nuncio de una existencia mas atroz!

Desde este momento

¡Cuitada de mí!
Arrastro una vida
Por siempre infeliz.
Ni quiero placeres
Que puedan al fin
Horror de mi mente
El bien que perdí.

Por eso ¡oh cascada!

Que corres aquí,
Contarte he querido
Mi negro sufrir:
A ti que apartada
Del mundo feliz,
Mejor que los hombres
Me puedes oír.

LA MARQUESA DEL SUBCO.

MODAS DE PARIS.

Dos son, puede decirse, los elementos principales en que estriba la moda en la actualidad: la peletería y la pasamanería. Las martas, los armiños, las ribelinas; á par de las trencillas, las franjas y las borlas constituyen el requisito mas indispensable de todo traje de buen tono. En los vestidos, en las manteletas, en las *pardesu*, en las petegrinas, en todas partes, en fin, se hallan diversificados de mil distintos modos estos dos elementos. Ya es un traje de terciopelo violeta ornado en la parte delantera de dos largos bordados de pasamanería, separados por una fila de gruesos botones, con el cuerpo liso y muy cerrado y con borlas, y la misma clase de adornos en los hombros y en las mangas; y un *pardesu* de terciopelo del mismo color violeta, redondeado por delante hasta la cintura y cerrado luego hasta la mitad

del cuerpo, ornado tambien todo alrededor de una pasamanería del mismo dibujo que la del vestido; y un traje de seda gris con una manteleta echarpe de armiño, norte ó sibelina, con manguitos y vueltas de lo mismo; ya una capita de raso ó terciopelo forrada de pieles; ya en fin una paletina de colimbo, guarnecida interiormente de felpa azul ó rosa. En todas partes, pues, como hemos dicho, se encontrará la peletería ó pasamanería dominándolo todo. Podemos ahora citar como complemento de estos diversos trajes de calle y visita, los gorros de terciopelo de color pardo, redondeado por las parte de las mejillas y ornados en lo interior de pequeños lazos de cinta y al costado de una pluma roja. Aquí debemos advertir, que las plumas son ahora inseparables compañeras de todo gorro de buen gusto. En los gorros hay mucha variedad. Puede elegirse uno de terciopelo rosa, adornado de un largo sance blanco; ú otro de raso azul de Francia con una pluma chata ó un marabú, sin salirse de las leyes que la moda impone hoy al buen tono.

Respecto á los trajes de bailes hay una extraordinaria variedad. Como el invierno no penetra en los altos salones guardados por lujosos tapices y pavimentados por tupidas alfombras, allí todavia las bellas pueden ostentarse con todas las galas de la primavera y hacer alarde de sus purisimas y blancas carnes. Hé aquí entre otros trajes uno que en opinion de algunos reúne á su sencillez estremada, una gracia sin igual. Vestido de *tarlatan* con una especie de volante ó *alforsen*, sobre el cual así como tambien sobre la falda, se estiende un sencillo bordado de sedas, color de rosa, formando ondas: en el centro de estas ondas y en las puntas que forman, se colocan unas rosas. Ha de advertirse que la orla de festones que se estiende sobre el *alforsen* debe subir en el lado izquierdo, hasta la cintura. El cuerpo liso, y el costado y las mangas cortas. Una guirnalda de rosas estendida sobre el peinado y adelantándose á ambos lados hasta las sienes completarán este sencillo traje.

Los adornos de cabeza son una de las cosas mas deliciosas que la moda haya inventado en estos últimos tiempos. Continúan llevándose aun con profusion los adornos tejidos de perlas y oro; pero son mas graciosos, aunque con menos preten-

siones, los que estan formados de una ligera banda de crespon blanco ó azul, retenida por una sarta de menudas perlas que caen luego á un lado formando una graciosa borla. Los hay tambien de cintas aterciopeladas verdes, cuyas extremidades, cayendo sobre el cuello, terminan por una franja de acero ú oro.

En el próximo número nos ocuparemos de las modas de caballero y aun mas extensamente de las de señora.

Una de las cosas que parecen mas inaplicables es sin duda ninguna los caprichos de la moda. Siempre mudable, siempre varia, vésela pasar de una en otra forma, como una mariposa de una en otra flor, sin que parezca llevar fin ninguno, sin que sea guiada aparentemente por otra exigencia que la de la modista, ó el redactor de uno de los periódicos de boga. Y sin embargo, la moda es consecuente en su misma variedad, la moda es lógica, la moda marcha encarnada en el movimiento de las sociedades. La moda es el reflejo material, palpable de los sentimientos y los sucesos porque pasa un pueblo. Relacionado con sus mas íntimos afectos, cada cosita que veis, cada flor que parece puesta al acaso, tiene una significacion propia, representa alguna de las mil fases de la sociedad. El arqueólogo pide la casa, el edificio público, y la iglesia para descifrar por ellas el modo de ser de una sociedad en una época dada: dadme pues á mi en cambio un cuadro exacto de la moda, bajo todos sus distintos aspectos, y yo

os deduciré tambien por ella el sentimiento, la idea dominante de un periodo cualquiera de la historia. Y sino creéis acaso que las capotas á la *Tom-Pouce*, los adornos á la *Lavallure*, los gorros á la *Pamela*, los trages á la *Polka*, los colores á la *Joinville* etc. etc. no tienen significacion ninguna. ¿Creeis todo esto mero invento del capricho? Lo juzgais aislado y sin relacion ninguna con las demás ideas que germinan en vuestro derredor? Pobre seria vuestro juicio, vista de miope seria la vuestra, sino pudieseis penetrar en las cosas mas que su significacion inmediata pensais en las apariencias, la exterioridad; si en la moda, en fin, no reverenciaseis un modo como otro cualquiera, de expresar los mil distintos afectos que del choque de mil acontecimientos nacen y pueulan en la sociedad.

Nosotros que tenemos tal idea formada de la moda, nosotros que la rendimos un culto, como á una deidad encantadora, la seguiremos en todas sus metamorfosis, penetraremos con ella, en el laberinto de sus mas minuciosos caprichos y dejaremos á la historia unos anales fijos y detallados de sus progresos y vicisitudes. Ea pues, bellas lectoras, vosotras las que mas realizais vuestros encantos naturales, con los que os presta el arte y las que estais mas al alcance de los esquisitos misterios de la moda, venid; nosotros os daremos trajes que realcen vuestras formas, colores que hagan resaltar vuestra hermosura, el cuadro, en fin en que pueden brillar con mayor resplandor vuestras naturales prendas.

NOTA. Deseo el empresario capitalista de manifestar á las señoras suscriptoras y suscritores el reconocimiento de que está poseído, por la benévola acogida con que le han honrado, les ofrece repartir

gratis con uno de nuestros próximos números una piécita para piano, de las mas aplaudidas entre las que componen la música del justamente celebrado y último baile, titulado «La Esmeralda.»

EL PENSIL DEL BELLO SEXO sale á luz todos los domingos, y los precios y demás condiciones de suscripcion son los siguientes:

MADRID.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR.
Un mes. 5 rs.	Un mes. 7 rs.	Un mes. 10 rs.
Tres. . 43	Tres. . 20	Tres. . 28
Seis. . 24	Seis. . 36	Seis. . 54
Un año. 44	Un año. 70	Un año. 100

Los que además, del periódico y del figurin mensual,

quisieren recibir tres figurines mas y un patron pequeño cada mes, con otro patron grande cada dos meses, abonarán por trimestres adelantados en Madrid 31 rs. vn. y 41 en las provincias, franco de porte.

Los figurines sueltos se expendrán á 3 rs. para Madrid en la puerta del Sol, número 8, tienda.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán francos de porte al empresario capitalista *D. Antonio Gutierrez de Leon*, calle de Santa Clara, número 8, cuarto principal.

MADRID:—1845.

Imprenta de D. J. de Rebolledo y compañía.

Calle del Fomento, número 15.